

La mujer vestida de luto y cubierta con un velo se adelantó hasta el pie del estrado.

El rey se levantó.

María de los Amalfi, echando su velo atrás, dirigió su primera mirada á Fulvio, é hizo un movimiento como para ir á abrazarle.

Este tendió los brazos, y todos pudieron notar que sus ojos rebosaban de lágrimas.

En aquel momento en que nadie parecía respirar, porque era evidente que en el alma de aquella mujer tenía lugar un violento combate; en aquel momento en que el rey pálido y profundamente conmovido estaba suspenso, y en que toda la corte se había levantado con un movimiento espontáneo, esperando alguna misteriosa peripecia, Falcone apareció precedido de dos hombres que llevaban una camilla cubierta con una sábana.

Fuese á colocar entre el rey y María de los Amalfi.

Y levantando la sábana con brusco movimiento, descubrió el cadáver de un anciano de barba cana.

A esta aparición Fulvio tembló y palideció.

Un grito de horror se escapó á la vez de todos los pechos.

Julián, penetrando por entre la muchedumbre, se arrojó desesperado sobre el cadáver exclamando:

—¡Padre mío! ¡mi pobre padre Manuel!

—Yo Pedro Falcone, médico del rey—dijo el siciliano con voz clara y firme,—declaro que he encontrado veneno en el cuerpo de este hombre hallado en el palacio del príncipe Fulvio Coriolani.

—¡Luego es verdad!—tartamudeó María de los Amalfi traspasada de dolor;—luego todas estas cosas terribles son verdad!

Su mirada quemaba.

—¡Cumpliré con mi deber!—dijo de repente.

En seguida añadió extendiendo la mano para señalar á Fulvio:

—Este es el asesino de Mario Monteleone.

Era su último esfuerzo.

Y cayó como muerta, en tanto que Julián dejando el cadáver de Manuel, se dirigía á ella gritando:

—¡Madre mía! ¡madre mía!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VI

## El arpa

El final de la escena que precede había sido rápido como el pensamiento.

Todo el mundo estaba de pie, incluso el rey.

Julián estrechaba á su madre inanimada contra su corazón.

Fulvio, inmóvil, les miraba sin despegar los labios. Pero su fisonomía revelaba un dolor inmenso.

Falcone había vuelto á cubrir con la sábana el cuerpo de Manuel.

Después de pasado el primer momento de estupor general, todos pudieron notar que se había verificado un cambio en la sala. Una doble fila de guardias suizos armados rodeaban á los asistentes.

Delante del estrado se colocaron seis oficiales espada en mano.

Evidentemente se acercaba el desenlace. A lo menos todo lo anunciaba.

Y sin embargo, era tal el prestigio que rodeaba á Fulvio Coriolani y tal el alucinamiento enlazado al nombre de Porporato, que se esperaba vagamente alguna nueva sorpresa.

Baumgarten, mayor de guardias suizos, acechaba la menor señal que anunciase la voluntad del rey.

A una mirada de Fernando de Borbón, hizo un gesto. Las culatas de los fusiles resonaron ruidosamente en las baldosas de mármol.

Todos los asistentes se estremecieron.

Fulvio pareció despertar de un sueño.

Sus ojos entristecidos se fijaron con desaliento en aquella corte que hace poco mendigaba su sonrisa.

Por la primera vez, desde el principio de la sesión, volvióse hacia las princesas.

Estas bajaron la cabeza ó apartaron la vista.

Fulvio parecía buscar alguna persona entre ellas.

La puerta del gabinete donde antes se hallaba Nina Dolci, estaba ahora medio cerrada.

Entre Fulvio y las princesas mediaba un espacio enteramente desocupado, lo cual le facilitó poder dirigirse hacia donde estaba Angélica Doria.

Loredano, dejando su puesto, detrás del rey, también se adelantó en la misma dirección, pero no parecía querer llegar hasta Fulvio.

A medida que éste se acercaba, Angélica perdía el color; sus ojos permanecieron fijos y sin expresión, como si estuviese próxima á perder el juicio.

Cuando Fulvio hubo llegado, Angélica lanzó un débil grito de angustia.

Julián lo oyó, y abandonando á su madre, se lanzó sobre Coriolani como un tigre, arrancando de paso la espada de Baumgarten.

Fulvio le esperó con los brazos cruzados.

Por el pálido semblante del doctor Falcone vagaba una cruel sonrisa.

—Ese Johann es un hombre de genio—murmuró aparte.

Nadie, ni aun el mismo Loredano, que ejecutó un movimiento para impedirlo, hubieran podido detener el fogoso arranque de Julián. Pero Angélica, desgredada, se arrojó de rodillas á sus pies.

—¡Piedad!—exclamó.

El rostro de Fulvio se serenó, pareciendo que recobraba todo su vigor. Estaba soberbio y arrogante como en los días de su gloria.

—Angélica Doria—murmuró á su oído,—yo os amo; vos sois mi fuerza y mi vida. Me habéis dicho que nada en el mundo podría impedirnos ser mía, yo he dudado, proferid una palabra y salgo vencedor de la lucha.

Angélica ni le miró ni respondió.

Tendía los brazos desesperada hacia Julián que tenía la espada en la mano.

—Si no me amáis—murmuró Fulvio entre lágrimas,—¿por qué os oponéis á que me mate?

La Doria se volvió con rostro delirante.

—¡Para que no sea un asesino como tú—dijo ella;—yo le amo!

Julián se dejó caer de rodillas.

Fulvio Coriolani puso su cabeza entre sus manos. Sollozaba.

Loredano Doria levantó á Julián á la fuerza. Los dos se miraron con odio.

—Os he comprendido, señor conde—dijo Julián bajando la punta de su espada;—acabo de nacer noble.

Angélica estaba desvanecida en los brazos de las princesas.

—Señor—dijo Fulvio Coriolani dirigiéndose al rey con dignidad,—acabo de perder mi última esperanza, he pecado y Dios me castiga, Dios es justo. El porvenir probará mi identidad con el primogénito de Mario Monteleone; pero soy un impostor en el fuero de mi conciencia, porque esta mañana aun lo ignoraba...

Señor, yo no he asesinado á ese hombre (señalaba el cuerpo de Manuel), pues era el testigo que estaba aguardando.

Señor, se ha emponzoñado el corazón de mi pobre madre, que pasará el resto de sus días llorando lágrimas de sangre.

¡Señor, se ha puesto una espada en la mano de mi hermano! ¡No permita Dios que crea á Su Majestad cómplice de tan infames maldades!

Estas son tales, señor, que yo con ser Porporato me estremezco al enumerarlas.

Su misma atrocidad me ha revelado la mano que las ha cometido. El día en que pasé á mi dedo esta sortija, que fué la del santo Monteleone, prometí bajo juramento que su muerte sería vengada. Hoy el culpable se ha denunciado á sí mismo. Le conozco, le condeno...

—¡Desgraciado!—interrumpió Fernando de Borbón,—¿te atreves á proferir la palabra condenar...?

—Cuando tengo encima la mano de la ley, ¿no es esto, señor?—añadió Fulvio con sonrisa tranquila y arrogante.—Un día os dije:—«En el seno mismo de vuestra capital vos sois el rey de día, pero Porporato es el rey de noche! ¿quién sabe lo que pasará en esta ciudad de Nápoles cuando las tinieblas habrán reemplazado á la luz?»

—¡Amenazas á tu bienhechor, bandido!—exclamó Francisco de Borbón, cuya indignación se aumentaba á la idea de haber sido amigo y protector de aquel hombre;—señor, acabemos. ¡Este es ya negocio de los guardias suizos!

—¡Y del verdugo!—añadió Fulvio Coriolani.

—¡Y del verdugo!—repitió duramente el heredero de la corona.

Fulvio se volvió á él.

—Alteza—le dijo,—tenéis derecho, en efecto, á hablar de bienhechores. Para cambiar vuestros

sentimientos se ha necesitado el billete infernal del asesino de Mario Monteleone.

—¡Tú eres el asesino de Monteleone!—exclamó el hijo segundo del rey.

—Pero ¿sabéis—continuó tranquilamente Fulvio,—si vuestros beneficios no os han sido devueltos centuplicados? Señor, y vos, Alteza, vuestro protegido ha sido vuestro protector. Sin el bandido Porporato, Nápoles estaría, á la hora en que os hablo, en poder de los carbonari.

—Prened á ese hombre—ordenó el rey.

—Y si dentro de una hora el príncipe Fulvio Coriolani no está en su palacio—prosiguió éste último sin precipitarse,—asistiréis á una fiesta cuyo recuerdo vivirá mucho tiempo.

Dos guardias suizos se habían adelantado seguidos del mayor Baumgarten.

—¿No tienes ningún amigo fiel en una reunión tan numerosa como esa?—preguntó Francisco de Borbón con ironía.

—¡Quién sabe!—respondió Fulvio.

Y paseó su magnética mirada sobre la muchedumbre de cortesanos; luego añadió:

—Señor, hay aquí tantos carbonarios que renuncio á contarlos.

La asamblea se agitó tumultuosamente.

Los dos guardias suizos pusieron á un mismo tiempo sus manos sobre Fulvio. Este les rechazó sin aparente esfuerzo, y llamando á Baumgarten por su nombre, le dijo:

—Me entrego á vos.

Los guardias suizos rechazados volvían sobre él espada en mano.

Loredano Doria se puso delante.

Este dijo al rey:

—Yo no soy ni carbonario, ni bandido, señor, pero necesito hablar á este hombre.

Y profirió rápidamente al oído de Fulvio:

—Fuí tu amigo... casi tu hermano... ¿Quieres por asilo uno de mis palacios ó castillos?

—¡Tú eres el último de los romanos!—murmuró Fulvio;—gracias, no tengo necesidad de ti, di solamente á ese niño que le amo.

Su mirada designaba á Julián.

Antes que Loredano pudiese alejarse, le dió un estrecho abrazo.

Inmediatamente después se dió á prisión en medio de un pelotón de guardias suizos.

—Señor—dijo al pasar por delante del rey,—ya llega la noche... ¡guardadme bien!

—¡Evitad las insolentes bravatas de ese loco!—grito Fernando de Borbón.—¡A Castello-Vecchio! ¡que se le ponga incomunicado y se reúna el tribunal supremo! tales son mis órdenes.

—Yo también voy á dar las mías—replicó el prisionero con sardónica sonrisa.

Y poniendo un dedo sobre su boca, comprimió sus labios, los cuales produjeron ese sonido particular que hemos oído en los jardines de la quinta Floridiana cuando Nina distinguió en la verja á Armelino y Massimo Dolci.

Fulvio escuchó atentamente.

El rey, los príncipes y la asamblea hicieron lo mismo como á pesar suyo.

En el gabinete vecino dejóse oír el sonido de un arpa.

El arpa tocaba el canto de Fioravante:

*¡Amici, allegri, andiamo alla pena!...*

—¡Agere, non loqui!—exclamó Coriolani en medio del silencio que reinaba en la sala sorprendida.

El arpa calló.

Muchos nobles y guardias suizos se lanzaron al gabinete vecino, sin aguardar la orden de su soberano.

No había nadie, pero las cuerdas del arpa aun vibraban.

Los que se asomaron al balcón para buscar en el campo, vieron dos hombres y una mujer á caballo que descendían á galope el camino que conduce á Nápoles.

## VII

## El rey de la noche

Desde el anochecer, los criados y empleados de la fonda de la Gran Bretaña, que tenía el honor de guardar en su recinto á Peter-Paulos Brown (de Cheapside), su groom Jack, su esposa Penélope, y Melicerta, camarera de ésta última, habían notado las idas y venidas de muchas personas que parecían estar de centinela en la calle.

Esto no era una cosa nunca vista. La fonda de la Gran Bretaña, frecuentada principalmente por ingleses, es una especie de mercado para los habitantes de Nápoles. El inglés «tourista» pertenece en propiedad al populacho napolitano.

Acéchase á un inglés viajero en Nápoles, como acechan en París, los vendedores de flores, los mendigos ó alquiladores de sillas, la entrada en la iglesia de un bautizo ó de una boda.

Hacia las cinco de la tarde, dos hombres, uno alto y otro bajo, entraron en el despacho de la fonda, preguntando con cierta especie de tímida torpeza si se podía ver á Su Excelencia.

Su Excelencia era naturalmente Peter-Paulos.

Los empleados de la fonda son enemigos declarados de los pillos de afuera porque roban á los de dentro; así despidieron con rudeza á nuestros dos pobres diablos.

Su Excelencia estaba aún en la cama. Nuestros dos pobres diablos saludaron humildemente y dijeron:

—Ya volveremos.

Y se pusieron de observación fuera de la puerta cochera. Por casualidad los empleados de la fonda no habían mentido. A esa hora avanzada Peter-Paulos aun dormía, Penélope también, Jack y la pulcra Melicerta les imitaban escrupulosamente.

La noche había sido tempestuosa para los cuatro.

Ya sabemos los trabajos de Peter-Paulos y Penélope. Melicerta, después de su primera toma de punch, había pedido un bichoff que el tercer repostero le ayudó á beber. En cuanto á Jack le habían llevado completamente ebrio.

El primero que se despertó fué Peter-Paulos. Aun estaba molido, sufriendo las consecuencias de la «girella». Restregóse los ojos y miró su ventana para ver si los postigos de su vecino de Cheapside estaban ya abiertos.

Era tan perspicaz que de una ojeada conoció que aquellas no eran las ventanas de la casa de Cheapside.

Levantóse y se dirigió al salón en el cual acababa de entrar Penélope. Esta parecía estar escuchando unos pasos lejanos que se oían en el corredor. Creía conocer el ruido de estas pisadas. La feliz sensación que experimentaba le había hecho brotar dos manchas de un vivo carmín sobre sus puntiagudos pómulos. A la vista del coronel San Severo, que pasaba el umbral de la puerta principal, exhaló un grito dulce y armoniosamente modulado.

A pesar de que estaba obscureciendo, Peter-Paulos conoció al coronel.

Dirigióse á su encuentro y le dijo bruscamente, como acostumbraba:

—Mi creer vos ser un seductor... ¡Djeck!... traer la caja de las pistolas... ¡Mi quererme batir con ese gentleman!

Penélope se interpuso de rodillas.

—¡Mi prohibir se batir!—exclamó con desesperación,—¡jó poner fin á los días de mí!

Así diciendo derramaba un torrente de lágrimas.

El coronel rechazó con una mano á esta mujer infortunada y con la otra á su esposo irritado y lleno de celos.

Al propio tiempo arrugó sus grandes cejas. Conocióse que una idea fija le dominaba.

—No empecemos otra vez los arrebatos de la pasada noche, mi buena señora—dijo rudamente.

Penélope se enderezó como una serpiente.

—Y vos—añadió el coronel sacudiendo el brazo de Peter-Paulos,—no esperéis burlaros más tiempo de mí. El diamante, ó ¡por Baco! que empezaremos otro juego.

Como Peter-Paulos fijase en él sus grandes ojos con sorpresa, el coronel repuso:

—Ya sé que sois astuto como una zorra, y que la señora desempeña á las mil maravillas su papel de inglesa excéntrica, ¡pero os las habéis con un hombre enérgico! He aquí el «ultimatum»: dadme el diamante por las buenas ó seguidme presos.

Y les mostró una orden de arresto que sus importunidades habían arrancado al intendente Armelino.

Su plan tenía cierto mérito de invención.

Si el famoso diamante, el Pundjaub, hubiese estado en manos de Peter-Paulos, sin duda que el buen San Severo hubiera logrado hacerse dueño de él.

En efecto, no se trataba de una escena representada ligeramente, sino de una orden formal de arresto, y para llevarlo á cabo se había acompañado de cuatro agentes de policía y dos carruajes que aguardaban á la puerta.

En tanto que Penélope sollozaba y que Peter-Paulos buscaba una explicación imposible, el co-

ronel había requerido á Privato y su colega para que le prestasen ayuda. Al mismo tiempo llamó á los agentes de policía.

—Por última vez—les dijo,—¿queréis darme el diamante?

—Hacer jiuromanta—respondió el asociado de Marjoram,—que no tener este diamante.

—¡Mi hacer también jiuromanta!—exclamó la desconsolada Penélope.

Y los dos á coro:

—¿Pur qué nos venido á este país abominabile?

—¡Cumplid con vuestro deber!—ordenó el coronel.

Inmediatamente la habitación alquilada á gran coste por el asociado de Marjoram, fué tratada como país conquistado. Los cuatro agentes de policía, ayudados por Privato y por el mismo Becafico, registraron con escrupulosidad todos los muebles.

No se encontró el Pundjaub.

Pero el coronel ya lo esperaba así.

—¡Los sellos!—ordenó.

En las cerraduras de las maletas pusieron anchas tiras de pergamino. Cerráronse igualmente, debidamente sellados, los cofres y sacos de noche.

Penélope y Peter-Paulos dejaban hacer estupefactos.

El exceso de su desgracia común les reconciliaba. Estrechábanse las manos repitiendo á coro:

—¿Pur qué nos venido á este país abominabile?

Pero la paz no podía ser de larga duración.

—¡Sido vos!—dijo de súbito Penélope retirando la mano,—¡vos forzado mí venir á este país!

—¡No, sido vos!—replicó Peter-Paulos,—por la curamenta de vuestra enferimidad!

—Mí desir: ¡sido vos!

—Mí responder: ¡no, sido vos!

—¡Llevalo!—ordenó el coronel.

Las cuatro ó cinco docenas de fardos que componían el equipaje de Peter-Paulos quedaron sellados en debida forma. Los agentes, ayudados por los criados de la fonda, á quienes la orden de arresto ponía blandos como guantes, cargáronse los fardos y empezaron á bajar las escaleras.

Penélope se echó á reír con aire provocativo.

—¡Desir vos ser súdito anglés!—exclamó ella.

—¡Ahora vosotros!—dijo el coronel cuando estuvo fuera el equipaje;—¡vamos! Marchad delante para estar bien seguro de que no habéis escondido el objeto en algún rincón... en la cárcel se os registrará.

—¡Oh!—exclamó Penélope gimiendo y retorciéndose las manos;—preferido hundir una puñale en el pecho de mí!

—¡Adelante, adelante!—repitió el terrible San Severo.

Peter-Paulos, Penélope, Melicerta y Jack, fueron empujados hacia la escalera. El repostero de la fonda, sin consideración á este gran infortunio, exigió la cuenta al asociado de Marjoram. Este pagó, pero no sin protestar.

—Mí sido súdito anglés—dijo.—Este paise sufrirá un bombardemante á causa de mí! ¡fomalemente!

El coronel le hizo subir á un carruaje

Los empleados de la fonda quedáronse convencidos de que todo esto se hacía por orden del gobierno. Habían visto las órdenes y conocían á los agentes.

Los acontecimientos subsiguientes dieron á esta aventura un carácter misterioso y trágico.

Por la parte de la Chiaja y alrededor del palacio real, se ignoraba aún lo que estaba pasando

en Nápoles. La playa permanecía desierta. El barrio de la nobleza contaba apenas el número ordinario de paseantes. Todo descansaba en profunda calma.

Sin embargo, una hora después de anochecido, vióse aparecer á los habitantes de esos nobles barrios en sus azoteas, inquietos y afanosos.

El rey acababa de entrar en la ciudad, y en lugar de dirigirse á su palacio, había dado la vuelta á Chiaramonte, y entrado en Pizzo Falcone.

Se había notado que le acompañaba una escolta no acostumbrada de fuerzas militares.

Pasado un cuarto de hora descendieron tres escuadrones de caballería á galope tendido desde el castillo de San Telmo al arsenal.

Al mismo tiempo se oyó tocar el tambor á lo lejos.

Cuando el tambor callaba, el viento dejaba oír los murmullos indefinibles y siniestros que anuncian una conmoción popular.

Esta tenía lugar poco más ó menos en el momento en que los dos carruajes que conducían la familia Brown y sus equipajes, salían de la fonda de la Gran Bretaña.

Los dos carruajes siguieron el camino que Peter-Paulos había tomado la noche de su llegada para ir á observar de incógnito las costumbres de la capital napolitana.

El coronel envuelto en una ancha capa y embozado hasta los ojos, había subido al pescante de uno de los carruajes. El otro era conducido por un hombre alto, de fisonomía grave, con las alas del sombrero caídas ante los ojos.

Llegados cerca del teatro del Fundo, notaron de pronto un movimiento extraño y desordenado que contrastaba con la tranquilidad que les había rodeado hasta entonces. Oleadas de gente del pue-

blo daban la vuelta al ángulo del puerto y penetraban en las callejuelas vecinas. Algunos señores montados pasaban á galope, seguidos de criados también á caballo.

El grito particular y misterioso de los caballeros del Silencio, turbaba el aire, sin que se pudiese saber de dónde salía.

En la ciudad alta se oían tiros de fusil que resonaban á intervalos.

El viento arrastraba grandes masas de humo, cuyo origen explicaba este clamor salido de la obscuridad de las callejuelas:

—«¡Al fuoco! ¡Al fuoco!»

Y grupos sombríos y numerosos, marchando á paso lento á lo largo de las casas, se detenían delante de algunos balcones para pronunciar de un modo lúgubre:

—«¡Evviva la costituzione!»

Después aparecía un hombre en el balcón.

Luego la puerta de la casa se abría, y el hombre iba á aumentar un grupo.

Cuando pasaban por debajo de los reverberos, veíanse brillar armas.

Delante del Correo había una gran muchedumbre.

El pueblo rodeaba una partida de guardias suizos y quería desarmarlos.

Los dos carruajes se detuvieron y el coronel bajó del pescante.

—¡Abajo, Gaspardo!—dijo al mocetón que conducía el otro carruaje;—ahora tenemos otro que hacer.

—Mí suplicar...—empezó Peter-Paulos.

—Una palabra más y te hago saltar la tapa de los sesos—dijo resueltamente el buen coronel.

La cabeza de Peter-Paulos desapareció como por encanto.

Penélope decía á Melicerta

—Este oficiade me ha engañado.

—¡Bah!—replicó la sagaz Mel,—¿no veis que oculta su juego delante de vuestro marido?

Penélope le cogió la mano con efusión.

Privato y Beccafico estaban cerca del coronel. Este encargó á cada uno un carruaje, prometiéndoles una buena paliza si los equipajes no llegaban sanos á su destino.

—Subid por la calle de Toledo al galope—les dijo,—y tomando la de los Tribunales, salid por la puerta de Capua y al galope, siempre al galope hasta más allá de Salerno.

—¿Veis—dijo Melicerta,—como no vamos á la cárcel?

Penélope juntó las manos.

—Mí creído—murmuró extasiada,—que ese oficiade querer robar á mí!

Los carruajes partieron.

—«¡Alla pena!»—exclamó el coronel San Severo echándose á ciegas en medio del barullo;—los pícaros no me dicen nunca sus negocios, pero supuesto que tocan á bailar procurémonos violines.

Gaspardo el pescador y él se arrojaron sobre dos guardias suizos, á quienes derribaron; luego desaparecieron por entre la muchedumbre llevando cada uno un fusil conquistado.

El gentío gritó:

—«¡Evviva la costituzione!»

Á las diez de la noche el cañón retumbaba por muchas calles de Nápoles.

Decíase que estaban sobre las armas veinte mil insurgentes.

Se habían formado barricadas en la Avenida di-Porto y en todas las calles vecinas, de modo que parecían una ciudadela.

Á las once, el estruendo de la lucha había cesado.

Pero un inmenso y siniestro resplandor alum-

braba el cielo, proyectando sobre la ciudad sus cárdenos reflejos.

Estallaba un gran incendio.

En efecto, ardía Castello-Vecchio, fortaleza diez veces secular, junto con las casas que la rodeaban.

Era un espectáculo grandioso y terrible. Se le había pegado fuego por todas partes á la vez. Las llamas salían en tan prodigiosa abundancia, que ni siquiera se intentaba apagarlas.

En la sombra profunda de los macizos muros de la fortaleza, se veía un círculo negro é inmóvil: eran los guardianes del incendio.

Á las once y media, los cien mil espectadores de esta escena vieron una cosa tan fantástica, que no titubeamos en narrarla.

El pararrayos de Castello-Vecchio descollaba aún en la cima de la torre más alta que parecía librarse de las llamas.

De súbito un sér humano se puso á trepar á lo largo de ese extraño mástil de cucaña.

Parecía diminuto y negro entre los resplandores que le cercaban.

Pero para él era como un juego. De tiempo en tiempo ejecutaba algunos equilibrios gimnásticos. Llegado á la extremidad empezó á girar alrededor de su espantoso eje, en la posición llamada «brazo de hierro».

La muchedumbre gritaba desde abajo:

—¡Bravo, saltarello! ¡Bravo, Cucuzone!

Gran número de disparos partieron de las posiciones que ocupaban las tropas alineadas, pero ninguno le tocó. Cucuzone, sosteniéndose con una mano en el pararrayos desplegó con la otra lentamente una especie de interminable tira que le rodeaba el cuerpo. Á medida que la desdoblaba, la tira iba flotando á merced del viento. Por fin la fijó en el asta de hierro.

Quando pudo desplegarse en toda su extensión,

vióse un inmenso estandarte iluminado por el resplandor del incendio como por el sol.

En el centro tenía un corazón traspasado por dos espadas, escudo de los condes de Monteleone, y alrededor había esta divisa: «Agere, non loqui».

Cucuzone bajó sin precipitarse y desapareció.

A breve rato, la parte sur de Castello-Vecchio se desplomó con espantoso estruendo.

En este momento las gaitas calabresas, los «vezzi» del Abruzzo y las bocinas de caza, tocaron por todas partes la sonata del Silencio. La muralla humana que cercaba la fortaleza se apiñó. Una columna cerrada, á la cabeza de la cual marchaban tres hércules, Lucas Tristany, Gaspardo el pescador y Ruggieri el marino, empujando la línea de la guardia suiza, la desbarató.

En el centro de la Avenida-di-Porto, delante de la fuente de las Tres Vírgenes, un coche arrebatado á las caballerizas reales, todo cubierto de oro, parecía estar aguardando á alguien.

Ocho magníficos caballos estaban enganchados á él.

Un hombre vestido de púrpura como un emperador y hermoso como un semidiós, apareció llevado en triunfo. Cien antorchas alumbraban su marcha.

Este hombre subió al coche real.

Acompañábale una numerosa comitiva de caballeros.

A su paso los batidores iban aclamando al príncipe Fulvio Coriolani.

Luego disminuyó el inmenso ruido que atronaba la ciudad.

El incendio brilló aún con toda su fuerza; en seguida fué extinguiéndose, no hallando ya más alimento en los fuertes muros de piedra labrada.

El resplandor de las antorchas alumbró aún

mucho tiempo en las tinieblas de la campiña en dirección al sudoeste.

Al cabo de media hora ya nada se veía; todo estaba sumido en el silencio.

Sólo descollaba la colosal humareda del volcán, velando de negro la pálida faz de la luna menguante.

## VIII

### Los dos pescadores

Los que presenciaron estos acontecimientos pretenden que Nápoles estuvo toda una noche á merced de los terciós carbonarios (compañeros del Silencio).

Hubiese quizá bastado la voluntad de un solo hombre para hacer una revolución.

La voluntad faltó.

Las «logias» armadas se dispersaron, dejando sus muertos sobre el campo de batalla.

El rey de noche desdeñaba la victoria.

Fernando de Borbón, los príncipes y princesas, pasaron doce horas de terrible angustia en Pizzo Falcone. Habíase dado orden de aparejar una fragata del Estado para el caso de tener que huír.

La princesa de Salerno, favorita de Borbón, cayó en desgracia por haber proferido las palabras que recordará el lector. Ella había dicho:

—Si Coriolani hubiese queridó...

Esto le costó dos años de destierro en Capri.

Al otro día Johann Spurzeim se encargó de la cartera del ministerio de Estado y de la presidencia del Consejo.

Tres regimientos partieron en dirección de la montaña para acabar con los revoltosos. El doctor Pedro Falcone les acompañaba con una comisión del rey.